

edades pasadas. Cuando se lance al estadio político después de haber puesto un término á este combate solitario, triunfará, señores: triunfará, marchando impávida con el desdén en los labios y la gravedad de la inteligencia en la frente, entre la guillotina y la hoguera, entre el inquisidor y el verdugo ¹.

¹ Declamación excusable en un joven como era Donoso cuando pronunció esta frase, imbuído por lo visto en las preocupaciones del liberalismo contra el Tribunal Santo de la Fe.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

LECCION OCTAVA

(31 DE ENERO DE 1837)

CONTINUACIÓN DEL MISMO ASUNTO

SEÑORES:

Antes de bosquejar rápidamente el cuadro del desarrollo de la inteligencia en la Europa de nuestros días, como prometí en la lección del martes último, me permitiréis que diga dos palabras sobre Roma. La historia es bella contemplada desde el Capitolio. Suprimidle, y es incomprendible la historia. El pueblo rey, que le habitó en otro tiempo, dictó sus leyes al mundo; ¿cómo, pues, ha de conocerse la historia del mundo si no se conoce también la historia de sus señores? Sin embargo, como yo no haré más que saludar de paso al coloso para rendir homenaje á su grandeza, os indicaré los escritores modernos que, en mi entender, debéis consultar detenidamente para comprender la historia de Roma. Y cuando hablo de los escritores modernos, no es porque me olvide de los historiados antiguos, sino porque los orígenes de Roma han sido más conocidos por los eruditos de nuestros días que por los escritores romanos. Este fenómeno es fácil de explicar. Roma, que se ocupó más en producir guerreros que historiadores; que se ocupó más en dar materiales para la historia que en escribirla, no pensó en tener una historia propia sino en tiempo de la segunda guerra púni-

ca; aun entonces, no habiendo ningún romano bastante conocedor de los anales de la ciudad eterna para escribirlos, hubo de encargarse su redacción á los griegos establecidos en Italia. Sus trabajos históricos no han llegado hasta nosotros, pero debieron resentirse de dos vicios esenciales: de la adulación hacia el pueblo romano y de la falta de documentos auténticos, porque los libros de los magistrados y los anales de los pontífices habían sido presa de las llamas. En cuanto á los historiadores que han llegado hasta nosotros, entre los cuales el más antiguo, y en mi entender el más profundo, es Polibio, y el más apreciado Tito Livio, aunque sólo conocemos cuarenta y cinco libros de su historia, compuesta de ciento cuarenta y uno, se resienten también de la misma falta de documentos, y además de falta de inteligencia de la misión de la historia. Para los romanos la historia era un ejercicio oratorio; no era una obra grave y monumental, legada por las edades que mueren á las edades que comienzan, por las edades pasadas á las edades futuras. Por eso, en vez de consultar en sus historias generales los documentos fehacientes, adoptaron sin crítica las fábulas de los griegos; por eso, en fin, fueron inhábiles para escribir una historia general, parto laborioso de una razón severa, mientras que brillaron como escritores de Memorias é historias contemporáneas, que se prestan más fácilmente á las galas de la imaginación, á la pompa del lenguaje, á la nitidez del estilo y á la animación de las pasiones.

Desde el siglo XV, en que renacieron las letras en Europa, comenzaron los eruditos á dedicarse, como al estudio de su predilección, al estudio del organismo interior de la República romana; ya desde entonces tuvieron algunos, no diré la conciencia, pero sí el presentimiento vago de que sus historiadores habían iluminado la noche de sus orígenes con los reflejos brillantes, pero engañosos, de la fábula. Ese presentimiento no tardó en convertirse en un escepticismo profundo con respecto á los orígenes de Roma: la crítica pasó del escepticismo que duda, al dogmatismo que niega; del dogmatismo que niega, al

dogmatismo que afirma. Luis de Beaufort fué el hombre de la destrucción: Vico ha sido el hombre de la reforma. La crítica del primero, como negativa, fué estéril; la crítica del último, como afirmativa, es fecunda. El primero demostró que la infancia del pueblo romano no había tenido historiadores: el segundo nos ha dado su historia. Reservándome hablaros de él más detenidamente en otra ocasión, me contentaré por ahora con indicaros que su *ciencia nueva* ha sido el origen de la renovación de los estudios históricos en nuestros días, que debe meditarse, no sólo como precedente de la escuela reformista de allende el Rhin, sino también como la obra en que este reformador atrevido ha penetrado más profundamente en el simbolismo obscuro de las edades pasadas. La reforma comenzada por él ha sido concluída por Niehbur, el investigador más profundo de los tiempos modernos. El sepulcro de Roma le ha revelado el secreto de su infancia: sentado sobre sus inmensas ruinas ha evocado los siglos que allí duermen, y los siglos, obedeciendo á su voz, han comparecido en su presencia. La ciudad antigua vestida de galas, vestida de luz, como si para ella dieran principio los tiempos, se ha manifestado al historiador como una visión sublime. Niehbur, señores, hubiera podido explicar la historia romana á los historiadores de Roma. En fin, para completar el estudio del estado primitivo de aquella ciudad será bueno que consultéis la historia de los antiguos pueblos italianos de Micali. En cuanto á la narración de sus tiempos históricos para la república, podéis consultar á Ferguson y á Michelet; para el Imperio á Gibbon, y sobre todo, que Montesquieu sea vuestra guía en el estudio de Roma: él sólo puede enseñaros el secreto de su dominación, porque sólo su genio ha sido bastante grande para comprender el genio del Capitolio, que se ha formulado sin esfuerzo en su vasta inteligencia.

En la lección última observamos que la inteligencia social consiste en la facultad de conocer todo lo que un pueblo necesita para cumplir su misión, para llenar su destino. Los pue-

blos infantes necesitan vencer á los enemigos que los cercan, y vencéndolos son inteligentes; por eso los pueblos infantes que reconocen el dominio del guerrero que vence y del bardo que hace posible la victoria, reconocen el dominio de la inteligencia, porque el bardo y el guerrero son la inteligencia misma; por eso el pueblo conquistador que se dispersa por el territorio conquistado, y se establece y se fija en medio de los vencidos, reconociendo el dominio del legislador y del sacerdote, reconoce también el dominio de la inteligencia; porque sólo las leyes pueden constituirle, y sólo por medio del rápido desarrollo de las artes de la paz pueden lanzarse en la carrera del progreso.

Si esto es así, señores, para averiguar si Roma ha reconocido también el dominio de la inteligencia, fuerza es averiguar primero cuál es su misión y cuál era su destino. La misión de Roma era absorber al mundo en su unidad, revestirle con sus formas, y sujetarle con su espada y con sus leyes. Roma, pues, para ser inteligente debía abarcar en su seno dos inteligencias distintas: la inteligencia propia de los pueblos que nacen, y la inteligencia propia de los pueblos que se establecen y se asientan; la de los primeros, porque, como ellos, estaba condenada á la victoria ó á la muerte; la de los segundos, porque, debiendo absorber al universo en su unidad, debía imprimirle el selló de su legislación y de sus formas. Sin él sus conquistas hubieran sido efímeras y pasajeras; su espada hubiera podido hacer al mundo esclavo; sólo sus leyes podían hacer al mundo homogéneo.

Roma, pues, debía obedecer á la ley de los pueblos infantes y á la ley de los pueblos adultos. Dos civilizaciones diversas, dos períodos diferentes en la historia de la humanidad, debían coexistir en el Capitolio, debían habitar dentro de sus muros, debían fecundarse sobre sus siete colinas. El pueblo romano, en fin, debía ser fuerte para vencer; debía ser sabio para conservar: debía ser un pueblo legislador y un pueblo guerrero. Pero ni debía ser legislador á la manera de las sociedades que

rayan en su período de virilidad, ni debía ser guerrero á la manera de las sociedades iluminadas por el primer albor de la vida. La civilización romana debía tener algo de común con todas las civilizaciones, porque debía ponerse en contacto con el mundo; pero al mismo tiempo debía tener algo de exclusivamente propio, algo de profundamente íntimo que constituyera suyo, que explicara su superioridad sobre todas las civilizaciones, algo que hiciera inteligible la personalidad romana; esa personalidad absorbente en la que se perdieron, como los ríos en la mar, todas las personalidades de la tierra. ¿Qué es, pues, lo que constituye la personalidad del pueblo romano? O, lo que es lo mismo, siendo guerrero, ¿en qué se diferencia de todos los pueblos guerreros? Siendo legislador, ¿en qué se diferencia de todos los pueblos legisladores? Esta, y sola ésta, es la cuestión.

Con efecto, señores, Roma no pudo dominar al universo por las cualidades comunes á todos los pueblos del mundo, porque lo que constituye la igualdad no puede producir en unos la tiranía y en otros la servidumbre: sólo las cualidades que la hacían diferente de todos los pueblos de la tierra, de todas las sociedades humanas, pueden explicar sus triunfos, pueden explicar su dominación, pueden explicar su dilatado señorío. Ahora bien: lo que distingue al pueblo romano de todos los pueblos infantes es que, siendo siempre instintivas las guerras de los últimos, fueron siempre sistemáticas las del primero. Lo que le distingue de los pueblos legisladores, es que, mientras que éstos fundaron siempre su legislación en circunstancias locales y transeuntes, él la fundó en principios invariables, absolutos. En fin, señores, se diferenciaba de todos los pueblos legisladores porque él sólo poseía la ciencia de la legislación; se diferenciaba de todos los pueblos guerreros porque él sólo poseía la ciencia de la guerra.

Ya poseemos el secreto de sus victorias. El pueblo romano venció á todos los pueblos porque era el más inteligente de todos los pueblos: Roma subyugó al mundo porque era la in-

teligencia del mundo. Su dominación tiene el sello de la legitimidad, porque yo veo el sello del poder legítimo en todo poder inteligente ¹. Roma tuvo también esta creencia; ella tuvo siempre la conciencia de su superioridad sobre todas las sociedades humanas: aspiró al trono del mundo porque el mundo la pertenecía: nunca subyugó á un pueblo en nombre de la fuerza, sino en nombre del derecho. Oid al feal cuando, con la frente velada, se avanza hacia los enemigos para declararles la guerra en nombre de Roma. Escuchad su fórmula terrible: *Audi Jupiter, audite fines, audiat fas.*—Y después de haberle escuchado, condenad si os atrevéis la dominación de un pueblo que en nombre de la inteligencia invoca á los dioses para que presencié su combate, y á la justicia para que sancione su victoria.

Pero para que no dudéis de la legitimidad de su dominación, para que quede cumplidamente demostrado que Roma era la única inteligencia del universo, echaré una rápida ojeada sobre el estado social de los pueblos que la rodeaban cuando, levantándose como conquistadora, los sujetó á su yugo y los encadenó al Capitolio.

El mundo occidental estaba exclusivamente ocupado por tribus feroces y guerreras: el mundo oriental por pueblos decrepitos y por reyes imbéciles y fastuosos. Atenas estaba entregada á la corrupción y á los sofistas: Esparta á la barbarie y á la merced de las facciones: el Egipto y las sociedades asiáticas doblaban su cerviz con una indolencia estúpida ante los generales de Alejandro, que, herederos de su ambición, pero no herederos de su gloria, se disputaban en una lucha innoble los despojos de su grandeza y el cadáver del Oriente. ¿En dónde buscaréis el porvenir? ¿Le buscaréis en la Grecia? El astro hermoso que presidió á su destino había ya traspuesto su cenit, se había ocultado en los mares. ¿Le buscaréis en el Asia? La debilidad y la decrepitud no le tienen. ¿Le buscaréis en la

¹ Concepto absolutamente falso.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Europa? La barbarie no tiene porvenir si el germen de la inteligencia no viene á hacer fecundo su seno.

Ahora bien: entre el mundo de la barbarie y el mundo de la decrepitud, entre el Occidente, que era un confuso embrión, y el Oriente, que era un vastísimo sepulcro, se levanta el pueblo inspirado, el pueblo inteligente y guerrero, el pueblo rey, el pueblo del porvenir. El trono del mundo está vacante; él le conquistará con su espada. La corona del mundo está en el lodo; él se la ceñirá porque está hecha á la medida de su frente. Como la tribu nómada se postra ante el caudillo que la conduce al combate; como el pueblo de Dios se inclina ante su profeta cuando se avanza hacia él desde las crestas del Sinaí, así el mundo se postra ante el Capitolio. Cuando el pueblo providencial que le habita, después de haber vencido á Aníbal, después de haberse asimilado la Italia, salvó los mares que le ciñen y los Alpes que le aprisionan, no los salvó para luchar por un imperio disputado, sino para tomar quieta y pacífica posesión de la herencia que le estaba prometida. Casi á un mismo tiempo sus vencedoras legiones penetran en Numancia conquistan la Macedonia, allanan los muros de Cartago, y echan por tierra los muros de Corinto.

¡Corinto! Este nombre es sagrado tres veces para mí. Corinto fué el sepulcro de un principio noble, de un hombre grande y de una liga santa: de la libertad, de Filopemen y de los áqueos. Los últimos griegos murieron allí. La libertad y sus mártires debían recibir la muerte de una misma mano, en un mismo día, en una misma hora, y debían reposarse en un mismo sepulcro. El recuerdo de la desaparición de un pueblo es siempre lúgubre y solemne; pero si ese pueblo que desaparece es la Grecia, ese recuerdo es tres veces solemne y tres veces lúgubre. El causa en el alma, cuando llega á despertarse, una vibración que se parece al último gemido de una lira que se rompe; disimuladme, señores, esta breve digresión. Si Roma

¹ Este solo nombre bastaría para protestar contra "la pacífica posesión," imaginada por Donoso Cortés en obsequio de Roma pagana.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

hace inclinar la frente bajo el peso de graves meditaciones, la Grecia es para el corazón un manantial fecundo de inextinguibles placeres. En aquélla hay un no sé qué que abrumba: en ésta un no sé qué que cautiva; aquélla me subyuga, como me subyuga siempre la virtud: ésta me embriaga como me embriaga siempre el perfume de la inocencia. Sea éste el último adiós que mi labio dirija á esa patria de la belleza y del encanto, de la libertad y de la gloria¹.

Cuando Roma hubo penetrado en Numancia, glorioso asilo de la independencia ibérica; en Cartago, esa ciudad famosa cuya imagen turbaba el sueño de Catón; en Corinto, último refugio de la nacionalidad griega, la regeneración providencial, confiada por el destino al Capitolio², se realizó en el espacio y se consumó en el tiempo. El germen de la inteligencia penetró en el Occidente; el de la fuerza en el Oriente, y la unidad niveladora de Roma fué la ley del universo.

Admirad conmigo, señores, la marcha providencial del género humano. En la lucha de Roma con el mundo, yo no veo más que la lucha entre la inteligencia y la barbarie, entre la fuerza y la decrepitud. En el triunfo de Roma yo no veo más que el triunfo de un pueblo inteligente y guerrero sobre los pueblos decrepitos ó bárbaros; ¿cuál es el espectáculo que se ofrece á nuestros ojos después? Roma, en tiempo de Sila, se corrompe por medio del epicureísmo que el pueblo griego había inoculado en sus venas. Roma se debilita por medio de las facciones. Cuando fué corrompida y débil, dejó escaparse de su sien la corona del universo, y la reina del mundo fué esclava de un señor. Cuando los Césares suben al Capitolio, Roma, débil y corrompida, se enerva; y como el mundo era Roma, el mundo se debilita, se corrompe y se enerva también. ¿Dónde

¹ Puro lirismo, desmentido por la Historia. Véase la curiosísima obra de EUGENIO LOUDON, *Les deux paganismes, l'Antiquité*. París, Victor Palmé. 1865. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² No fué el Capitolio quien regeneró al mundo; quien lo regeneró fué el Cristianismo. Lo que hizo Roma por ordenación de la divina Providencia, fué allanar los caminos para la predicación del Evangelio en todas las naciones. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

encontraremos entonces el porvenir? El porvenir entonces bajó del cielo y descendió del polo. Los bárbaros del Norte inocularon el germen de la fuerza en el antiguo mundo, entregado á las lentas convulsiones de una prolongada agonía, y el Cristianismo depositó en el seno de los bárbaros el germen de la inteligencia. Así, señores, cuando la inteligencia y la fuerza se extinguen en el Oriente y en el Occidente, la inteligencia y la fuerza se fecundan en el seno de Roma. Cuando Roma se debilita, la fuerza se refugia en el seno de un pueblo bárbaro y descende del polo. Cuando la inteligencia desaparece del horizonte del mundo, baja del cielo para rejuvenecer á las naciones bajo la forma de una religión divina. Así, señores, el espíritu de Dios marcha delante de los pueblos; su brazo fuerte los detiene en el borde del abismo y en el límite que los separa del caos. La Providencia se revela al hombre en la Historia.

En algunas de mis lecciones anteriores he procurado de mostraros que, cuando los pontífices de Roma recibieron la herencia de los Césares vencidos, dominaron legítimamente el mundo, porque eran los únicos representantes de la inteligencia social; debiendo encerrar en un brevísimo espacio acontecimientos que apenas podrían referirse en muchas lecciones sucesivas, me permitiréis que no insista en las pruebas de ese hecho ni en las de la legitimidad¹, de esa dominación.

En los primeros siglos después de la destrucción del Imperio, los bárbaros estaban agitados aún de la fiebre de establecimientos y de conquistas; la sociedad no tenía una existencia sólida, los conquistadores un asiento seguro, ni los vencidos se resignaban todavía sin murmurar á su dura esclavitud. Los visigodos, los hunos, los vándalos, los hérulos, los ostrogodos, se apoderaron, unos después de otros, de la Italia, que á su vez fué reconquistada por Belisario y por Narsés, hasta que éste llamó á su seno á los lombardos, que la conquistaron toda, dejando sólo á los emperadores de Oriente Rávena, Roma y algunos puertos de mar. Reunidas todas estas ciudades,

¹ Pruebas del todo imaginarias, como se ha visto. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)